

bargo, simultáneamente, cada vez más complicada. Éste era el caso, por ejemplo, en el terreno del Derecho:

«La base del derecho de herencia, presuponiendo el mismo grado de evolución de la familia, es una base económica. A pesar de eso, será difícil demostrar que en Inglaterra, por ejemplo, la libertad absoluta de testar y en Francia sus grandes restricciones respondan en todos sus detalles a causas puramente económicas. Y ambos sistemas repercuten de modo muy considerable sobre la economía, puesto que influyen muy particularmente en el reparto de los bienes.»⁴²

Pero como en un estado moderno el Derecho no es sólo la expresión de la situación económica general sino también «una expresión *coherente en sí misma*», no puede reflejar fielmente las relaciones económicas. Un código no podría nunca ser «la expresión ruda, sincera, descarada, de la supremacía de una clase». Engels pensaba en este punto entre otras en las leyes acerca de la jornada normal de trabajo, de protección al trabajo, etc., que habían sido incluidas en el Derecho burgués como consecuencia del acrecentado poder de la clase obrera. El resultado sería que la relación entre el desarrollo del Derecho y la base económica se haría cada vez más compleja y contradictoria:

«Por donde la marcha de la “evolución jurídica” sólo estriba, en gran parte, en la tendencia a eliminar las contradicciones que se desprenden de la traducción directa de las relaciones económicas a conceptos jurídicos, queriendo crear un sistema armónico de Derecho, hasta que irrumpen nuevamente la influencia y la fuerza del desarrollo económico ulterior y rompen de nuevo este sistema y lo envuelven en nuevas contradicciones (por el momento, sólo me refiero aquí al Derecho civil).»⁴³

La interacción entre base económica y sobreestructura sería más indirecta por lo que se refiere «a las esferas ideológicas que flotan aún más alto en el aire», es decir, la religión, la filosofía, etc. En principio éstas tendrían «un fondo prehistórico de lo que hoy llamariamos necesidades, con que la historia se encuentra y acepta». Estas representaciones —acerca de espíritus, fuerzas mágicas, etc.— estarían en una determinada relación con las condiciones económicas, pero más negativa que positiva: «El bajo desarrollo económico del período prehistórico tiene, por complemento, y también en parte por condición, e incluso por causa, las falsas ideas acerca de la naturaleza.» Se podría decir, ciertamente, que estas representaciones míticas serían progresivamente superadas por el aumento del conocimiento de la naturaleza motivado por la necesidad económica. Pero sería «una pedantería

querer buscar a todas estas necesidades primitivas una explicación económica».

Engels pensaba con respecto a la filosofía que para «el período burgués» era de lo más fácil encontrar una interacción con las condiciones económicas, a través de las condiciones políticas. Hobbes habría sido un «absolutista» en una época en las que en Europa florecía la monarquía absoluta, Locke habría sido en religión y política «el hijo del compromiso de clases de 1688» y los deístas ingleses y sus sucesores, los materialistas franceses, «los auténticos filósofos de la burguesía». En la filosofía alemana, desde Kant hasta Hegel, «se impone el filisteo alemán, unas veces positiva y otras veces negativamente».

Ahora bien, la parte filosófica de la sobreestructura social también es muy dúctil en el espacio y en el tiempo y por esto pueden aparecer a veces combinaciones de una economía poco desarrollada, por un lado, y una filosofía altamente desarrollada, por otro. Pero también en este caso el auge filosófico habría de tener como condición previa un ritmo económico pujante a partir de bajos niveles de partida:

«Como campo circunscrito de la división del trabajo, la filosofía de cada época tiene como premisa un determinado material de ideas que le legan sus predecesores y del que arranca. Así se explica que países económicamente atrasados puedan, sin embargo, llevar la batuta en materia de filosofía: primero fue Francia, en el siglo XVIII, respecto a Inglaterra, en cuya filosofía se apoyaban los franceses; más tarde Alemania respecto a ambos países. Pero en Francia como en Alemania, la filosofía, como el florecimiento general de la literatura durante aquel período, era también el resultado de un auge económico. Para mí, la supremacía final del desarrollo económico, incluso sobre estos campos, es inquestionable, pero se opera dentro de las condiciones impuestas por el campo concreto; en la filosofía, por ejemplo, por la acción de influencias económicas (que a su vez, en la mayoría de los casos, sólo operan bajo su disfraz político, etc.) sobre el material filosófico existente, suministrado por los predecesores. Aquí, la economía no crea nada *a novo*, pero determina el modo cómo se modifica y desarrolla el material de ideas preexistente, y aun esto casi siempre de un modo indirecto, ya que son los reflexos políticos, jurídicos, morales, los que en mayor grado ejercen una influencia directa sobre la filosofía.»⁴⁴

Engels pensaba haber contestado con esto también a la crítica de Barth:

«Por tanto, si Barth cree que nosotros negamos todas y cada

una de las repercusiones de los reflejos políticos, etc., del movimiento económico sobre este mismo movimiento económico, lucha contra molinos de viento. Le bastará con leer *El 18 Brumario*, de Marx, obra que trata casi exclusivamente del papel especial que desempeñan las luchas y los acontecimientos políticos, claro está que dentro de su supeditación general a las condiciones económicas. O *El Capital*, por ejemplo, el capítulo que trata de la jornada de trabajo, donde la legislación, que es, desde luego, un acto político, ejerce una influencia tan tajante. O el capítulo dedicado a la historia de la burguesía (capítulo 24). Si el poder político es económicamente impotente, ¿por qué entonces luchamos por la dictadura política del proletariado? [La violencia (es decir, el poder del estado) es también una potencia económica.]⁴⁵

Ésta es la explicación más extensa que dio Engels de la concepción materialista de la historia y la hemos expuesto aquí con cierta amplitud a causa del papel central que jugó en la discusión teórica posterior. La carta a Starkenburg no añade nada sustancialmente nuevo excepto ciertas ejemplificaciones⁴⁶ y una formulación de la interacción existente, a su modo de ver, entre economía e ideología:

«Cuanto más alejado esté de lo económico el campo concreto que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá que, cuanto más largo sea el periodo en cuestión y más extenso el campo que se estudia, más paralelamente discurrirá este eje al eje del desarrollo económico.»⁴⁷

Se puede resumir de la siguiente manera la concepción del contenido del materialismo histórico expresada por Engels en estas cartas: Marx y Engels se inclinaban en sus primeras recapitulaciones de la teoría a concederle al aspecto económico un peso superior al que le corresponde. No se cometió este error, sin embargo, en las aplicaciones concretas de la teoría. Ni Marx ni Engels habían pensado nunca que los elementos de la sobreestructura ideológica no tuviesen ningún tipo de influencia en la historia ni que estuviesen determinados por la base económica hasta el más mínimo detalle. Para Engels, el desarrollo de la base económica —de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción— era la causa última y la fuerza motriz decisiva de la historia. Por «causa última» Engels entendía no una *causa finalista* sino más bien el equivalente a «en último término», «finalmente» y «a largo plazo». Es decir: la significación de la base económica se mostraba particularmente para los más importantesacon-

tecimientos históricos, para largos períodos y para la sociedad humana en general. Viceversa, la sobreestructura política e ideológica podría ganar importancia decisiva para períodos cortos, para estados singulares o para acontecimientos históricos singulares o de menor importancia. Las ideologías ejercían su influjo, según Engels, fundamentalmente sobre la forma de las luchas históricas, en contraposición a su contenido. Estas tenían su propia causalidad, relativamente autónoma, que podía conducir temporalmente a una ausencia de coincidencia entre la base económica y la sobreestructura ideológica. Pero en el caso general, las ideologías eran reflejos indirectos —mediados por la política— de la base económica. Los límites de la autonomía de las ideologías estableban, pues, determinados por el grado de su dependencia con respecto a la estructura económica: las ideologías seguían sus propias leyes pero en el marco de su dependencia general de la base económica. Simultáneamente había una interacción, según Engels, entre base y sobreestructura así como entre los diferentes elementos tanto de la base como de la sobreestructura. *Interacción sobre la base de la necesidad económica como determinante en última instancia: tal era la concepción general del contenido del materialismo histórico que Engels exponía en sus cartas.*

Desde luego, no se trataba de ningún abandono de antiguas posiciones centrales. La concepción materialista de la historia seguía siendo «monista» en el sentido de que en las cartas se le atribuía al modo de producción y a sus modificaciones la influencia decisiva sobre el desarrollo histórico. Se suscita, sin embargo, la cuestión de hasta qué punto habían destacado Marx y Engels anteriormente del mismo modo el papel de la sobreestructura social. Según Engels esto se había hecho en las aplicaciones prácticas, pero no en la formulación general de la teoría. Para Bernstein, las modificaciones que se habían efectuado en la cuestión de la formulación general de la teoría eran de tal calibre que las explicaciones posteriores estaban en oposición con las anteriores. Marx y Engels le habrían adscrito anteriormente a los factores económicos «un poder de determinación casi ilimitado sobre la historia». Pero «después de las explicaciones aducidas por Engels» la teoría ya no era «puramente materialista ni, mucho menos, puramente económica». Para Engels existía una oposición contraria, para Bernstein era contradictoria. La cuestión era, pues, si las explicaciones de Engels se podían presentar como continuación de elementos ya presentes en las anteriores formulaciones de la teoría general o si, por el contrario, no tenían nada que ver con ellos.

Bernstein partía del resumen clásico de la concepción materialista de la historia formulado por Marx en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*.⁴⁸ Acerca de este resumen escribió Bernstein: «En general, la conciencia y la voluntad de los hombres aparece como un factor muy subordinado a los movimientos materiales.»⁴⁹ Esta impresión era totalmente correcta. Pero produce idéntica impresión también la formulación general de la relación entre ideología y economía que Engels escribió en su carta a Heinz Starkenburg (ver más arriba).

De lo que carece la formulación anterior (1859) no es tampoco de la existencia de ideologías en tanto que fuerzas históricamente eficaces o de hombres históricamente actuantes sino de la *interacción* entre la base y la sobreestructura. Los elementos del modelo son los mismos en 1859 y en 1890. Pero a las formulaciones de la primera versión les falta una parte del *funcionamiento* del modelo. Desde luego que este aspecto se halla implícito en el primer modelo también. El hecho de que no apareciese expresamente en las formulaciones se explica seguramente en parte porque Marx —como él mismo decía— presentaba «el resultado general» y en parte porque quería destacar lo nuevo y lo esencial de la nueva visión en contraste con las anteriores.

La categoría de interacción, que es más amplia que la unilateral causalidad, la habían estudiado Marx y Engels en Hegel y Engels la había tratado en su trabajo *La dialéctica de la naturaleza* escrito entre 1837 y 1866.⁵⁰ Ya desde la crítica a Feuerbach de 1844 habían destacado ambos en su actividad publicística la gran importancia de la acción histórica activa de los hombres.⁵¹ La influencia de las tradiciones y desgracias encuentra expresión sobre todo en el estudio de Marx *El 18 Brumario de Louis Bonaparte*.⁵² Marx había escrito aquí: «La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.» Tanto su propia actividad revolucionaria como su tenaz esfuerzo para hacer que el movimiento obrero socialista de la época llegase a aceptar precisamente la teoría marxista dan también testimonio de que atribuía una gran importancia a los factores políticos e históricos. En su concepción de la historia subrayaba —y éste es uno de los rasgos más importantes y peculiares de la misma— que «la realidad... impulsa para devenir pensamientos». Pero era consciente, con certeza, de que esto no era toda la verdad, pues actuó seguido venía a declarar «que el pensamiento impulsa a su realización».⁵³ En sus cartas sobre la concepción materialista de la historia de los años noventa Engels se interesa sobre todo por la parte nombrada en segundo término de su con-

cepción. Estas cartas estaban pensadas únicamente como una interpretación del contenido de la teoría en una época en que la teoría había sido vulgarizada por sus adeptos.

b) *La interpretación del tercer tomo de El Capital*

El segundo de los problemas fundamentales que Engels legó y que se situaron en el primer plano de la discusión teórica del siguiente período se refiere a la interpretación del tercer tomo de *El Capital*. El primer tomo fue editado por Marx mismo en 1867, pero murió —en 1883— antes de la publicación de las siguientes partes de su obra. En el primer tomo había formulado dos leyes que representan sus contribuciones personales a la ciencia económica. En primer lugar, la llamada ley del valor. Según esta ley, el valor de las mercancías está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. Por tiempo de trabajo socialmente necesario Marx entendía el tiempo de trabajo requerido «para producir cualquier valor de uso bajo unas condiciones de producción dadas socialmente normales con el grado socialmente promedio de intensidad y habilidad del trabajo».⁵⁴ La otra ley era la ley de la plusvalía. De acuerdo con ésta, el beneficio de los capitalistas proviene no del capital «muerto», es decir, materias primas, maquinaria, etc., sino exclusivamente del capital «vivo», es decir, de la fuerza de trabajo. Marx llamaba al primer tipo de capital «capital constante» porque su valor se traspasa sin variaciones al producto final. Al segundo tipo le llamaba «capital variable» porque su valor experimenta una variación en el curso del proceso de producción. Si, por ejemplo, una mercancía requiere diez horas de tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción, esas diez horas representan la medida del valor de la mercancía. El obrero obtiene tan sólo, sin embargo, una parte de este valor, la que corresponde al capital variable o al salario. Si la producción de las mercancías que el obrero compra con su salario requiere cinco horas, entonces está claro que el obrero ha producido durante las primeras cinco horas de la jornada de trabajo el valor que corresponde a su salario. Durante las otras cinco horas trabaja gratis para el capitalista y produce para éste un valor excedente o plusvalía como lo llamaba Marx. Con estos dos instrumentos fundamentales trabajó Marx el primer tomo de *El Capital*.

Sin embargo, numerosas observaciones que Marx hizo en este primer tomo mostraban que las leyes formuladas en él habían

de ser modificadas.⁵⁵ El tipo de modificaciones a introducir fue descrito por Engels en el prólogo al segundo tomo de *El Capital* editado por él en 1885. En este prólogo exhortaba también a los economistas de la época, en particular a los seguidores de Rodbertus, a tomar parte en un concurso. Engels escribió:

«Según la ley ricardiana del valor, dos capitales que emplean la misma cantidad de trabajo vivo y con la misma remuneración, producen en tiempos iguales —suponiendo que todas las demás circunstancias sean idénticas— productos de igual valor y plusvalía o ganancia en cantidad también igual. Pero si emplean cantidades designadas de trabajo vivo, no pueden producir una plusvalía o, como dicen los ricardianos, una ganancia de tipo igual. Pues bien, lo que ocurre es precisamente lo contrario. En realidad, capitales iguales, cualquiera que sea la cantidad, pequeña o grande, de trabajo vivo que empleen, producen en tiempos iguales, por término medio, ganancias iguales. Se encierra aquí, por tanto, una contradicción a la ley del valor, contradicción descubierta ya por Ricardo, y que su escuela fue también incapaz de resolver. Rodbertus vio también esta contradicción; pero, en vez de resolverla, la convirtió en uno de los puntos de partida de su utopía (*Zur Erkenntnis*, etc., p. 131). La tal contradicción había sido ya resuelta por Marx en el manuscrito titulado *Contribución a la crítica**; la solución se encuentra, con arreglo al plan de *El Capital*, en el libro III. Aún habrán de pasar varios meses antes de su publicación. Por tanto, los economistas que pretenden descubrirnos en Rodbertus la fuente secreta de Marx y un precursor avenjado de éste, tienen aquí una ocasión de demostrarnos lo que puede dar de sí la economía rodbertiana. Si son capaces de explicarnos cómo, no ya sin infringir la ley del valor, sino sobre la base precisamente de esta ley, puede y debe formarse una cuota media de ganancia igual, entonces discutiremos mano a mano con ellos. Pero, tienen que darse prisa.»⁵⁶

El problema enunciado por Engels resultaba de que las diferentes empresas producían mercancías con la ayuda de capitales de muy diversa composición. Algunas empresas empleaban relativamente mucha fuerza de trabajo, es decir, capital variable, y relativamente poco capital constante. Por el contrario, otras empresas utilizaban relativamente poco capital variable y relativamente mucho capital constante. Si la plusvalía era producida exclusivamente por el capital variable, entonces el beneficio variaría según el capi-

* Engels se refiere al manuscrito que fue publicado más tarde, entre 1905 y 1910, por Kautsky con el título *Theorien über den Mehrwert*. Véase MEW 26, II, págs. 17-21, 55-62, 164-228, 432-466.

tal invertido, es decir, según la proporción en que estuviesen el capital constante y el capital variable. En las empresas en las que el capital variable tuviese una gran importancia proporcional, la tasa de beneficio habría de ser muy elevada. En las empresas en las que tuviese escasa importancia, por el contrario, la tasa de beneficio sería baja. Pero esto contradecía la realidad. Se podía demostrar que capitales del mismo tamaño, en libre concurrencia y bajo condiciones normales, producían beneficios de la misma cuantía. Esto quiere decir, que la tasa de beneficio es en general la misma independientemente de la composición del capital. De esto se seguiría que el capital constante también producía plusvalía. Pero esto habría estado en contraposición con la ley de la plusvalía de Marx, según la cual tan sólo produce plusvalía el capital vivo. La teoría de Marx parecía estar condenada, condenada a naufragar ante uno u otro de estos escollos:

O bien las mercancías son intercambiadas en relación con el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. *O bien* capitales del mismo tamaño pero de diferente composición no producen un beneficio de la misma cuantía.

Si la teoría marxista no se quería hundir, Marx tenía que poder mostrar que la ley del valor se podía compaginar con la tasa media de beneficio. Este era el problema. La solución, que Marx expone en el tercer tomo de *El Capital*, la había encontrado ya en 1862, pero hasta la edición del tercer tomo se hallaba oculta en manuscritos y cartas a Engels.⁵⁷ En aquel momento Engels le sugirió a Marx que expusiese la solución ya en el primer libro «porque te será reprochado inmediatamente con *toda seguridad* y es mejor resolvérlo por adelantado». Pero Marx no quería perturbar sus círculos. La solución tenía que venir en el tercer tomo tal como estaba planeado porque presuponía que previamente había sido descrito el proceso de circulación del capital. Tampoco quería estropear el método dialéctico de desarrollo. Por lo demás, tampoco tenía inconveniente —como decía— en tenderles una trampa a los filisteos y a los economistas vulgares.⁵⁸

Los meses que según las palabras de Engels en el prólogo al segundo tomo de *El Capital* habían de transcurrir hasta la publicación del tercer tomo se convirtieron en nueve años. Entretanto, gran número de economistas se ocuparon del problema; entre otros el gran estadístico Wilhelm Lexis, el químico y hombre de

negocios americano Peter Fireman así como el economista Conrad Schmidt.⁶⁰ Sus soluciones apuntaban en la misma dirección que la del propio Marx. Fireman llegó casi a la solución marxista. Esto lo reconoció Engels en el prólogo al tercer tomo cuando éste apareció finalmente el año 1894. Fireman puso «en efecto... el dedo en la llaga»:⁶¹

¿En qué consistía, pues, la solución de Marx? «Toda la dificultad —escribió— proviene del hecho de que las mercancías no se cambian simplemente como tales *mercancías*, sino como *productos de capitales* que reclaman una participación proporcionada a su magnitud en la masa total de la plusvalía, o participación igual si su magnitud es igual.»⁶² Sin embargo o bien la ley del valor o bien la tasa media de beneficio tenían que ceder. Como la tasa media de beneficio era un hecho, la ley del valor había de ser modificada y la modificación estaba comprendida en las mismas dadas. Si había una misma tasa de beneficio en ramas de producción que estaban produciendo mercancías con diferentes proporciones de capital constante y capital variable, una parte de la mercancía tendría que ser vendida a precios por debajo de su valor-trabajo y otras a precios por encima de su valor-trabajo. El siguiente ejemplo, puesto por Marx mismo, puede ilustrar la solución.⁶³ Se suponen tres sectores cada uno de los cuales produce mercancías utilizando 100 unidades de capital. Las 100 unidades, sin embargo, se reparten en diferentes proporciones entre capital constante y capital variable. Se supone la misma habilidad e intensidad en el trabajo, de forma que cada trabajador produce la misma plusvalía en relación a la unidad de capital variable:

Sector	Capital constante	Capital variable	Tasa media de ganancia	Valor de la mercancía	Precio	Diferencia entre valor y precio
I.	70 k	30 v	30 m	20 %	120	+ 10
II.	80 k	20 v	20 m	20 %	120	± 0
III.	90 k	10 v	10 m	20 %	110	-10
Total	240 k	60 v	60 m	20 %	360	± 0

De la tabla se desprende que la ley del valor es incompatible con la existencia de una tasa media de beneficio. Si las mercancías se cambiaseen de acuerdo a su valor-trabajo, los capitalistas del sector I, que utilizan relativamente mucho capital variable, obtendrían una ganancia de 30 unidades para sus 100 unidades

de capital. Y, viceversa, los capitalistas del sector III, que utilizan relativamente poco capital variable, obtendrían una ganancia de sólo 10 unidades para sus 100 unidades de capital. Como todos los capitalistas buscan el máximo beneficio, los capitalistas del sector III retirarían capital de este sector y lo invertirían en el sector I. Con lo cual disminuiría la producción del sector III mientras aumentaría la del sector I, lo que conduciría a que los precios de los productos del sector III aumentasen mientras que los de los productos del sector I bajarían. Este proceso continúa hasta que todos los capitalistas acaban por obtener una tasa media de beneficio.⁶⁴ En el ejemplo propuesto la tasa media es del 20 % (que resulta de una plusvalía total de 60 m con respecto a un capital total de 240 k más 60 v). El resultado es, pues, que las mercancías del sector I se venden a unos «precios de producción» que están *por debajo* del valor de las mercancías. Y, simultáneamente, las mercancías del sector III se venden a «precios de producción» que están *por encima* de su valor. En el sector II, que representa la proporción media, coinciden el valor y el precio de las mercancías.⁶⁵

Marx consideró que esta solución era correcta por dos motivos. Primero, porque la suma de los valores de las mercancías iguala a la suma de los precios de las mercancías. Segundo, porque la suma de las plusvalías es igual a la suma de los beneficios.⁶⁶ Esto significaba, ciertamente, que la ley del valor no conduce directamente los procesos de cambio y distribución. Pues de acuerdo con la solución, bajo condiciones capitalistas, cuando la plusvalía se distribuye entre el capital independientemente de su composición a causa de la competencia, las mercancías se cambian no conforme a su valor-trabajo sino conforme a los precios de producción, es decir, al «precio de coste» más la tasa media de beneficio.⁶⁷ Pero para Marx tampoco podía ocurrir otra cosa en una economía capitalista de empresarios privados no regulada.⁶⁸ De este modo, los precios que se habían formado como resultado de la competencia capitalista quedaban determinados en último término por la ley del valor.⁶⁹ De otra forma, para Marx, quedarían sin explicar tanto la naturaleza de los precios como la de los beneficios.⁷⁰ Desde un punto de vista técnico, Marx razonaba magníficamente como Fireman: «En las ciencias exactas, sin embargo, no se acostumbra nunca a considerar una perturbación mensurable como una refutación de una ley.»⁷¹ Pero era precisamente esta «perturbación» la que en opinión de los críticos planteaba el problema. La crítica más completa fue realizada por Eugen von Böhm-Bawerk en su escrito *Zum Abschluß des*

*Marx'schen Systems.*⁷² Pero para la discusión teórica entre los socialistas eran de más importancia otras dos contribuciones, las de Werner Sombart y Conrad Schmidt. En una carta dirigida a Sombart, que fue encontrada hace poco tiempo,⁷³ Engels reconoce la existencia de un problema:

«¿Cómo ocurre en realidad el proceso de igualación? Éste es un punto muy interesante sobre el que Marx mismo no dice mucho. Pero todo el modo de ver las cosas de Marx no es una doctrina sino un método. No proporciona dogmas acabados sino puntos de referencia para la ulterior investigación y el método para tal investigación. Aquí hay, pues, que realizar una parte del trabajo que Marx no llevó a cabo en ese primer esbozo.»⁷⁴

Solo un par de meses después se ocupó Engels más de cerca del problema, cosa que hizo bajo la impresión, precisamente, de las críticas de Sombart y Schmidt. La recensión de Sombart al tercer tomo era en conjunto positiva y rechazaba la posición de Böhm-Bawerk.⁷⁵ Igual que muchos otros, Sombart se aproximaba con gran interés al marxismo. Sus palabras significaban algo así como una revolución en el mundo académico alemán:

«Hay que alegrarse de la lucha que, precisamente en torno al marxismo, ha de hacer arder uno de los puntos más delicados de la economía política. Va a tener lugar una gran cacería; los espíritus, finalmente despertados de sus sueños por los marginistas, van a chocar con fuerza unos contra otros. Pero esto es precisamente lo bueno: pelear *ad majorem gloriam scientiae*.»

»Habrá algunos compañeros de especialidad, singularmente entre los más viejos, que no podrán reprimir una sonrisa ante estas palabras: ¡es verdaderamente serio querer traer de nuevo al mundo de los vivos a alguien tan muerto y enterrado como Karl Marx, querer hacer nuevamente objeto de la crítica su sistema diez veces “refutado”, querer colocarlo precisamente en el centro de la discusión científica!?

»Bien, nosotros, los más jóvenes, cuidaremos de que así sea, pues no nos encontramos al final sino justo al principio de la crítica marxiana y no podemos reprimir del todo el asombro que nos produce el hecho de que se haya querido hablar de una “crítica” antes de que el sistema estuviese completo.»⁷⁶

Con estas palabras introducía Sombart una amplia discusión en la economía y sociología alemanas que había de tener por centro a Tönnies, Troeltsch y Sombart mismo. La discusión revivió todavía tras la muerte de Engels paralelamente a la aparición de los escritos revisionistas de Bernstein. Es la versión alemana de la crítica al marxismo de Croce, Sorel, Struve y otros en Italia, Francia y Rusia.⁷⁷ El estudio de Sombart sobre Marx se convirtió, en este contexto, en un modelo para muchos.

A pesar de que Sombart se mostraba muy benevolente con respecto a la teoría marxista como un todo, pensaba que el tercer tomo de *El Capital* iba a provocar «una negativa generalizada».⁷⁸ Para solucionar el problema propuso una serie de medidas drásticas. También Marx habría aceptado que en el capitalismo el intercambio de mercancías no se halla determinado inmediatamente por la ley del valor. ¿Por qué, entonces, se debería conservar ésta en tanto que dato empírico? ¿No bastaría con recordar su justificación lógica? Éste era el primer punto de vista fundamental de Sombart:

«En los hechos; si se quiere una fórmula para caracterizar el valor en Marx, es ésta: en él el valor no es un hecho empírico sino conceptual... un medio auxiliar de nuestro pensamiento del que nos servimos para hacernos comprensibles los fenómenos de la vida económica, es un hecho lógico.»⁷⁹

Sombart sabía muy bien que las intenciones de Marx eran las opuestas. Pero pensaba que lo esencial del concepto del valor era que las mercancías eran productos del trabajo y esto era «en principio, solamente un hecho técnico»:

«El concepto del valor en su determinación material en Marx no es otra cosa que la expresión económica del hecho de que la fuerza productiva social del trabajo constituye la base de la existencia económica.»⁸⁰

Este tipo de consideración, que poco tiempo después fue adoptado, con más o menos cambios, tanto por Labriola como por Croce y Bernstein, la aplicaba Sombart también a la teoría de la plusvalía:

«Es necesario para la comprensión sólo que nos coloquemos en el punto de vista de una sociedad de economía mercantil. El punto de partida es el tiempo de trabajo social, “el quantum de trabajo del que dispone la sociedad”... Éste encuentra su expresión en un determinado *quantum* de producto que supone un determinado valor.

»La plusvalía es, entonces, en su determinación formal, el valor del *quantum* de producto que constituye un excedente por encima de la otra parte (resto), de alguna manera fijada, del producto social: objetivación del “plustrabajo” de la sociedad.

»El plustrabajo, por ejemplo, también tendría que ser rendido en una sociedad socialista: en tanto que “trabajo que excede la medida de las necesidades dadas”.»⁸¹

Así, la plusvalía, según Sombart, debía «entenderse sólo en

tanto que "hecho social". El proceso de trabajo está para producir valores de uso con que satisfacer necesidades. No es necesario el cálculo de valores. Basta con constatar los precios, costes, salarios y beneficios empíricos dados en el mercado. Sombart se unía así —inconscientemente— en este punto a la corriente de la economía política que estaba representada en aquella época entre otros por Pareto y Cassel y que se quería disuadir de cualquier forma de ley del valor.⁸²

Como Sombart negaba la existencia empírica del valor y de la plusvalía, rechazaba también la conexión empírica subrayada por Marx entre el valor y la plusvalía por una parte y el precio y el beneficio por otra. Este era su segundo punto de vista fundamental. Pero en este punto el conflicto con Marx tenía que resultar aún más agudo. Pues para Marx, la función de las leyes del valor y de la plusvalía no se limitaba sólo a que determinasen en último término los precios y los beneficios. El valor y la plusvalía también tenían una existencia *histórica*: por lo tanto el precio de producción y la tasa media de beneficio habían aparecido alguna vez.⁸³

Sombart no veía esta posibilidad. Esto habría significado, ciertamente, que las primeras empresas capitalistas deberían haber aparecido en ramas de la producción con una alta proporción de capital variable. Pues la plusvalía sería creada tan sólo por la fuerza de trabajo pagada con capital variable. Consiguientemente, la tasa de beneficio se habría tenido que ir igualando sucesivamente y los precios de producción habrían tenido que formarse a partir de los valores mientras que la producción habría aumentado y los precios habrían disminuido en estas ramas intensivas en trabajo con la consecuencia de que la actividad empresarial capitalista se habría ido desplazando cada vez más hacia los sectores más intensivos en capital:

«Pero la producción capitalista comienza en parte a desarrollarse, históricamente, también precisamente en las ramas del último tipo: minería, etc. El capital no habría tenido ningún motivo para salir de la esfera de la circulación, en la que se encontraba muy a gusto, para pasar a la esfera de la producción si no hubiese existido la perspectiva de un "beneficio habitual" el cual —y esto ha de ser considerado— ya existía antes que cualquier producción capitalista en el beneficio comercial...»

«Las ramas de la producción más florecientes todavía hoy son en parte precisamente aquellas que tienen una elevada composición de capital como la minería, las fábricas químicas, las cervecerías, los molinos a vapor, etc. ¿Se puede decir que de estos sec-

tores se han ido retirando los capitales, se han ido yendo los capitales, hasta que la producción se ha limitado de acuerdo con esta fuga y los precios han subido?»⁸⁴

Sombart estaba, desde un punto de vista «teórico», preparado para tomar la plusvalía como punto de partida para llegar hasta el beneficio. Pero el ajuste supuesto por Marx entre tasas de beneficio más altas y más bajas en capitales de composición diversa hasta llegar a una tasa media de beneficio era, en su opinión, resultado de «operaciones mentales, no fenómenos de la vida real. Quiero suponer, además, que también era ésta la opinión de Marx, al menos mientras Engels no me asegure lo contrario». Engels no le aseguró formalmente lo contrario (y esto lo demandaba Sombart en el supuesto de que Engels coincidía con él en la interpretación del papel de la ley del valor);⁸⁵ pero en realidad, sin embargo, sí que lo hizo. En una atenta carta, Engels le aseguraba a Sombart: «...usted ha dicho, en lo fundamental, lo correcto».⁸⁶ Pero acto seguido pasaba a repetir los puntos de vista de Marx. Primero, que la igualación de la tasa de beneficio «se efectúa objetivamente, en los hechos, inconscientemente». Segundo, que los valores de las mercancías han tenido alguna vez una existencia real inmediata. En la práctica, quería persuadir a Sombart para que él mismo llegase a la prueba:

«En los comienzos del intercambio, cuando los productos se convertían lentamente en mercancías, se cambiaba aproximadamente *en proporción a los valores*. El trabajo utilizado en dos objetos era el único criterio para su comparación cuantitativa. Así pues, entonces el valor tenía una *existencia real inmediata*.

«Sabemos que esta realización inmediata del valor en el cambio se acabó, sabemos que hoy ya no se da. Y creo que no le presentaré demasiadas dificultades mostrar, a grandes rasgos, por lo menos, aquellos eslabones intermedios que conducen desde el valor inmediatamente real de que hemos hablado hasta el valor de la forma capitalista de producción, que se halla tan profundamente escondido, que nuestros economistas pueden simplemente negar su existencia. Sería una complementación muy valiosa de *El Capital* una verdadera exposición histórica de este proceso que bien exige un estudio muy trabajoso también es verdad que promete unos resultados ampliamente compensadores.»⁸⁷

Pero Sombart no se dejó persuadir. Algunos años después, además, desapareció su interés por la problemática marxista.⁸⁸ Engels tampoco obtuvo ninguna ayuda de Conrad Schmidt a pesar de que ambos pertenecían al mismo partido. Schmidt no fue tan lejos como Sombart, pues al contrario que éste, veía que